



Hasta se metía presa a gente de poca culpa "para disponer de 'mano de obra' para la construcción del ya legendario puente".

Recuerdos de un puente y una vergüenza olvidada

En esta página se recordó hace algún tiempo al periodista angelino y algo penquista Pedro Ruiz Aldea. Así como él fue un cronista de nuestra región, cabe hacer una semblanza de otro escritor, de época relativamente próxima, con igual gracejo, amenidad narrativa y agudo sentido de la noticia, aunque fue escritor hecho y derecho y no periodista profesional: **Justo Abel Rosales**. Nació Rosales en 1855, en Valparaíso y fue funcionario del poder judicial. En 1872 sufrió los efectos de una explosión que lo dejó herido en el rostro y su brazo derecho. En 1879 se enroló para pelear

en la Guerra del Pacífico, luchando en Chorrillos y Miraflores. Desmovilizado, retomó su puesto de secretario de la Corte de Apelaciones de Santiago. Escribió varios libros, inspeccionó e investigó mucho en los archivos históricos nacionales. Perseguido en 1891 por ser partidario de Balmaceda, murió en Santiago en 1896. Como autor literario es una especie de cronista de Santiago. Sus escritos, como los de otros más o menos conocidos o más o menos olvidados, contribuyen a que el lector perciba una historia más cálida y vital que la fría y escueta historia

oficial. Cuando el 10 de agosto de 1888 se derrumbó, arrastrado por el Mapocho, el ya legendario Puente de Cal y Canto, Rosales reescribió capítulos de su libro **"La Cañadilla de Santiago. Historia y tradiciones, 1541-1887"**, enriqueciéndola con gran acopio de datos documentados, anécdotas y relaciones sobre el famoso puente. Su nuevo libro se tituló **"Historia y tradiciones del Puente de Cal y Canto"** y lo dio a la luz pública el 14 de septiembre de 1888.

EL CORREGIDOR ZAÑARTU

En un certero mensaje que llega pleno de resonancia hasta hoy, el autor señala en su prólogo que **"... con algunos sacrificios, esta publicación puede servir de ensayo para continuar popularizando episodios de nuestra historia antigua y moderna, como se acostumbra en otros países"**. En este libro, por supuesto, ocupa un lugar central la persona del corregidor Zañartu que, entre otras obras públicas, se encargó de la construcción del Puente de Cal y Canto. Don Luis Manuel de Zañartu nació en Oñate, país vasco y llegó a Chile de 7 años de edad, con sus padres. Poco después se vinieron a Chile sus tios Miguel Antonio y Manuel, este último el tronco de los Zañartu de Concepción. Luis Manuel de Zañartu destacó entre los comerciantes de Santiago y Valparaíso y se casó con doña María Errazuriz Madariaga, hija de vizcaínos. Dos años después, en 1762, el presidente Guill y Gonzaga lo designó Corregidor y Justicia Mayor de Santiago. Fue todo un personaje, pero no es este el momento ni el lugar para ocuparse de él, sino del Puente.



La vida santiaguina en la época, con el todavía solitario Palacio de La Moneda...

El plano del puente se le encargó al ingeniero Juan Antonio Birt. En cuanto al comienzo de la construcción, Justo Abel Rosales empieza por enmendarles la plana a Barros Arana y Vicuña Mackenna para probar que estos historiadores señalan fechas erróneas. Con pruebas y citas documentadas, don Justo Abel, sin dar fecha exacta, indica que aún el 9 de octubre de 1767 Zañartu estaba recién haciendo acopio de materiales. La cantería estuvo a cargo de Tomás de la Roca (!). Nunca se supo quién se encargó de la albañilería. En cuanto a la herrería, quedó en manos del esclavo negro Francisco Cortés...

LA MANO DE OBRA

Todos los presidiarios de Santiago **"acollerados por los pies de a dos"** fueron instalados en un presidio provisional junto a las obras, lo que obligó a instalar también una guarnición militar para vigilarlos. Como no bastaran los presidiarios, se enroló a todos los vagos y **"mal entretenidos"** del pueblo, para seguir con los borrachines, los jugadores y los pendencieros. Hasta se metía presa a gente con poca culpa para disponer de **"mano de obra"**. Los amos enviaban a trabajar al puente a sus esclavos castigados. Los devotos de San Lunes eran jornaleros fijos. Se contaban, además de los negros, mulatos, mestizos, criollos e indios. Entre éstos, 28 araucanos prisioneros entre los que estaban el cacique Tomás Cuevas de la Imperial y el cacique Nicolás Riquelme de Boroa con su sobrino Allaiapán. Los trabajadores forzados se levantaban **"con el canto de la diuca"** y luego de un escuálido desayuno, trabajaban desde que **"rayaba el sol"**. Al son de imprecaciones, culatazos de los soldados, latigazos y aun garrotazos de los capataces. Cuenta Rosales que al furioso cacique Riquelme sólo conseguían reducirlo con hachazos...

LAS "AVENIDAS" Y UNA VERGÜENZA

Don Justo Abel, luego de reseñar las obras de construcción a cargo de Zañartu y otras de terminación con otros conductores, al Puente ya terminado lo transforma en personaje y lo adorna con memorias, anécdotas, leyendas y sucesos. Por supuesto que cuenta aquello de los 500 mil huevos echados a la mezcla y de la aduana instalada en el Puente para atajar el contrabando argentino, especialmente el de yerba mate. Reseña las **"avenidas"** del Mapocho, habla de multas y prohibiciones, del variado comercio a los dos extremos y al medio del puente; el paso alternado de realistas, patriotas, realistas y otra vez patriotas para terminar con los realistas desterrados a San Luis en la Argentina. Todo lo que narra es vital, informativo, bien comunicado. Un caudal de conocimiento sobre la vida santiaguina en esa época, sabroso e interesante. De ese mismo caudal el lector se percató, de pronto, que Chile tampoco pudo sustraerse a la ignominia del trabajo esclavo y que, faltando pocos años para la Independencia, a los indios también se los esclavizaba. Ciertamente un esclavo, como el herrero Cortés, podía llegar a ser maestro de obras. Pero también estaban aquellos culatazos, latigazos y garrotazos. También es cierto que la esclavitud en el Chile colonial se practicó en escala menor, pero cabe recordar que basta un esclavo para avergonzarse de la esclavitud. En todo caso, con la Independencia llegaron la libertad de vientres y luego la abolición. Pero casi al pasar en su amena crónica histórica de un puente, Justo Abel Rosales, a un siglo de su muerte, nos recuerda una vergüenza olvidada.